

# COMUNIDAD Y SOCIEDAD COMO PARADIGMAS POLITICOS

Por JOSE FELIX TEZANOS

«Un mundo ordenado no es el orden del mundo» (1)

## SUMARIO

I. SOCIEDAD, INDUSTRIALISMO Y POSTINDUSTRIALISMO.—II. LA ALIENACIÓN SOCIAL Y EL «SER HUMANO PARCIAL».—III. LOS CONCEPTOS DE «SOCIEDAD» Y «ASOCIACIÓN» EN TÖNNIES.—IV. FETICHISMO DE MERCADO Y DESIGUALDAD SOCIAL.—V. LA CRÍTICA SOCIAL DE TÖNNIES.—VI. LA SOCIEDAD CONTRACTUALIZADA.—VII. LA RECUPERACIÓN DE LOS LAZOS SOCIALES.—VIII. LA TRANSICIÓN DE LA «SOCIEDAD» A LA «COMUNIDAD».

La posible utilidad de los conceptos de *comunidad* y *asociación* para precisar el alcance de un paradigma político adecuado a las necesidades humanas y sociales propias de un enfoque progresista, debe ser considerada en la perspectiva de las transformaciones que han tenido lugar en las sociedades occidentales desde la revolución industrial, y de algunos análisis sociológicos sobre estas transformaciones. Los conceptos sociológicos de *sociedad* y *asociación* de Ferdinand Tönnies, así como determinados enfoques del pensamiento socialista y comunitario y algunas críticas recientes a los modelos sociales y económicos imperantes, nos pueden ayudar, en este sentido, a poner el acento en cuestiones de un interés sociopolítico prioritario.

## I. SOCIEDAD, INDUSTRIALISMO Y POSTINDUSTRIALISMO

La transición desde la sociedad tradicional a la sociedad industrial supuso la ruptura de los más importantes lazos sociales de tipo *comunitario*. En un período de

---

(1) MARTIN BUBER: *Yo y tú*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1969, pág. 32.

pocos años, las experiencias de relaciones personales de millones de personas en el ámbito de la familia, la aldea, el gremio, la comunidad religiosa, etc., fueron reemplazadas por los nexos del salario, el contrato y el interés impersonal, en un nuevo contexto de masificación propio de las nuevas fábricas y las nuevas ciudades en crecimiento. Todas estas transformaciones supusieron una rápida sustitución de las *formas de relación social y directa* caracterizadoras de las «comunidades», por los *lazos jurídicos* e impersonales propios de la «sociedad civil», dando lugar a unos cambios de enorme importancia en la experiencia vital de millones de seres humanos.

En las sociedades de nuestros días se ha iniciado un segundo proceso de transformación que tiende a diluir en mayor grado los nexos propios de la *sociedad*. Las nuevas formas de trabajo a domicilio, de autoempleo y teletrabajo, realizadas por individuos en solitario, junto a la fragmentación de los procesos productivos —producción flexible— y el desarrollo de nuevas formas de ocio en el ámbito del hogar en una perspectiva cada vez más individual y aislada (televisión, vídeo, realidad virtual, teléfonos de contacto, etc.), pueden ser considerados como una nueva y más aguda forma de disolución de los lazos sociales en los espacios colectivos en dos aspectos tan fundamentales como el *trabajo* y el *ocio*. En algunos casos el *trabajo* y el *ocio* incluso están dejando de ser actividades propiamente grupales en su plasmación directa e inmediata.

De esta manera en las sociedades tecnológicas avanzadas podría estar empezando a cerrarse el círculo de la difuminación de los vínculos sociales que condujo de la «*comunidad*» a la «*sociedad*» (asociación), y de la «*sociedad*» al «*individuo aislado*». El nuevo marco de relaciones está dando lugar, así, al desarrollo de nuevas experiencias vitales de lo social, en una forma similar a la que se produjo en el tránsito hacia la sociedad industrial. Los problemas que está generando esta nueva situación se están traduciendo en malestares difusos, en tendencias a explorar ansiosamente nuevas identidades, en nuevas inclinaciones a buscar refugio en todo tipo de fundamentalismos, así como en una gran cantidad de comportamientos perturbadores de la personalidad, alentados por un clima enfermizo de exaltación permanente de la competitividad y de la violencia en la mayoría de los medios de comunicación social.

## II. LA ALIENACION SOCIAL Y EL «SER HUMANO PARCIAL»

Todos estos problemas y nuevas patologías sociales de nuestro tiempo pueden considerarse en gran parte como una consecuencia del debilitamiento de los lazos comunitarios, en tanto en cuanto este debilitamiento implica una pérdida de las raíces sociales del ser humano y, por tanto, de un componente esencial de su propia naturaleza.

La crítica de Marx sobre la alienación en el trabajo, y toda la tradición de pensamiento a ella entroncada, puso el acento, precisamente, en la forma en que la expe-

riencia del trabajo en el sistema industrial capitalista venía a frustrar y negar la dimensión social y «creativa» del trabajo humano. Actualmente la dinámica del postindustrialismo capitalista nos está situando ante un nuevo fenómeno. Ahora nos encontramos no sólo con la alienación en el trabajo, sino con una verdadera alienación social global, a causa de las nuevas formas de desarraigo debidas a las nuevas experiencias en el trabajo y en el ocio, que alejan al hombre de sus raíces sociales, y lo extrañan, así, de su propia naturaleza social.

La pérdida progresiva, y acelerada, de este componente relacional, gratificador y autorrealizador, mutila el libre desarrollo de un componente esencial de la naturaleza humana, cuyo rastro ha quedado patentemente dibujado en sus raíces históricas. El hombre es hombre porque a lo largo de un dilatado proceso evolutivo se proyectó y se realizó en su dimensión social, elevándose desde la animalidad a una condición nueva a través de la cultura, como acción grupal. Ahora la dinámica de difuminación de los lazos sociales de inserción tiende a extrañar al hombre, a enajenarle de sus raíces sociales y, por tanto, de su verdadera naturaleza humana. El resultado es un hombre desarraigado y desorientado. De ahí la necesidad de tomar conciencia de que la dinámica social reciente nos puede conducir a una nueva realidad: la realidad de un «hombre parcial», abocado a una experiencia vital más limitada y menos vertebrada y, en consecuencia, más problemática e insatisfactoria.

Las perspectivas que pueden dibujarse en el horizonte histórico de futuro exigen, pues, replantear con nuevo vigor el debate sobre lo social rescatándolo del abandono y postergación en que ha ido cayendo. Pero lo que es necesario recuperar no es solamente el debate general sobre el papel de lo social, sino más específicamente el debate sobre la «comunidad ideal», al que ya se prestó una atención significativa en el ámbito de las civilizaciones antiguas, especialmente en la civilización griega, tanto en lo que se refiere a las dimensiones (tamaño de la sociedad ideal), como al fondo (formas de relación).

En los albores de la revolución industrial esta problemática fue nuevamente objeto de una atención prevalente entre los socialistas utópicos, que plantearon el objetivo de organizar nuevas comunidades de trabajo fundadas en los principios de la solidaridad y la coparticipación. Esta tradición fue seguida en buena parte por los socialistas libertarios y por algunas otras corrientes socialistas moderadas que pusieron un gran énfasis en el cooperativismo. Muchos de los supuestos de los que partían estos enfoques estaban implícitos no sólo en todo el pensamiento socialista, a través de sus concepciones sobre lo social, sino que también hundían sus raíces en los planteamientos y preocupaciones subyacentes en las utopías del Renacimiento y en buena parte del pensamiento humanista.

Un aspecto en el que coinciden la mayor parte de los analistas que han intentado definir las características de la «comunidad ideal» es en su carácter reducido; lo que podríamos considerar como las «dimensiones humanas» de lo social. Esta atención a la extensión de lo social estaba ya apuntada en la mítica Constitución de Esparta, establecida por Licurgo, en donde se instituyó la costumbre de las comidas de fraternidad periódicas entre grupos formados por quince personas, en una especie de des-

cubrimiento «precursor» de los «grupos primarios» y su papel relacional (2). Platón, por su parte, llegó a fijar el número exacto de integrantes de la comunidad ideal en una cifra de 5.040 «propietarios de tierras» (3). Aunque la cifra «adecuada», en expresión de Platón, tenía un cierto componente pitagórico, ya que era resultado de la operación multiplicadora del número ideal —siete— por los anteriores ( $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7$ ), lo importante es su coincidencia en el criterio de establecer unos límites sociales precisos, por cuyo mantenimiento debían velar los gobernantes, regulando adecuadamente el crecimiento de la población.

Estos criterios sobre el tamaño de la comunidad ideal, incluso como ámbito de autoorganización dentro de sociedades más amplias, han formado parte de las concepciones de prácticamente todo el utopismo social, habiéndose traducido en diversas experiencias prácticas, desde los falansterios de inspiración fourieriana, que no debían estar formados por más de 1.800 personas, pasando por diferentes tipos de comunas y organizaciones comunitarias, hasta los kibbutz de Israel.

En nuestros días la virtualidad de las formas «acotadas» de organización social han sido defendidas también por otros analistas con diversos argumentos sociológicos y psicológicos, como es el caso de Erich Fromm, que ha llegado a postular el ideal de núcleos sociales básicos de trabajo formados por no más de cien familias, como los que mejor se adaptan a las propias necesidades relacionales de los seres humanos (4).

En suma, podemos decir que la atención a la problemática de los ámbitos y las manifestaciones de lo social forma parte de una tradición del pensamiento occidental que ha cobrado más vigor en los momentos más álgidos de conformación y reconformación social. Por ello, de la misma manera que en la transición de la sociedad tradicional a la sociedad industrial tanto los analistas sociales, como los pensadores socialistas, hicieron de esta problemática uno de sus elementos fundamentales de atención, actualmente la transición desde la sociedad industrial hacia la sociedad tecnológica avanzada, está dando lugar a nuevos problemas de conformación y reconformación social que exigen una nueva atención a esta problemática.

De ahí que la evolución de la dinámica social haya vuelto a situar en el centro de

---

(2) PLUTARCO: *Vidas paralelas*, Planeta, 1991, tomo III, *Licurgo*, págs. 291 y sigs. Nos podemos hacer una idea de la importancia de estas comidas-reuniones comunales, conocidas como «andrea», si tenemos en cuenta que Plutarco las cita como una de las tres grandes instituciones establecidas por Licurgo (las otras dos eran el Senado, como contrapeso al poder regio, y las tierras comunales). Para incorporarse a las «andrea» era necesaria una aceptación expresa del grupo, y en ellas participaban personas de distinta edad, de forma que los jóvenes encontraban en ellas «escuelas de templanza, donde oían conversaciones políticas» —según relata Plutarco (pág. 294).

(3) PLATÓN: *Las Leyes*, Akal, Madrid, 1988, pág. 216.

(4) ERICH FROMM: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE, México, 1964, pág. 256 (la primera edición inglesa es de 1956). Fromm se refiere en concreto a la forma en que se regulaban entonces las «comunidades de trabajo» en el Movimiento Comunitario Europeo, que en cualquier caso no pretendían constituirse como núcleos cerrados, sino que aspiraban a «relacionarse activamente con el mundo en general» —como ellos mismos señalaban.

atención a los enfoques comunitarios, exigiendo a su vez nuevos desarrollos y concreciones.

El comunitarismo moderno hasta ahora ha hundido sus raíces preferentemente en el campo de la filosofía, la moral y el utopismo político. Cuatro polos fundamentales de atención han nucleado la mayor atención hasta hace poco tiempo:

— El pensamiento de algunos teóricos socialistas, entroncados con el socialismo utópico y las corrientes libertarias.

— El personalismo comunitario de inspiración cristiana (Enmanuel Mounier).

— El comunitarismo de raíz judía (Martin Buber).

— El marxismo crítico entroncado con algunos de los autores de la Escuela de Frankfurt (Erich Fromm sobre todo).

Ultimamente a estos cuatro componentes se han unido nuevas e importantes aportaciones, algunas de ellas procedentes, desde el campo fundamental de la Economía política, como, por ejemplo, los enfoques «socioeconómicos» postulados por Amitai Etzioni y la influyente Society for the Advancement of Socio-Economic (SASE) (5).

Como complemento a los anteriores enfoques, la intención de este artículo, precisamente, es reivindicar las bases y antecedentes existentes en la teoría sociológica, para el desarrollo específico de una aproximación sociológica en este campo, especialmente a partir de la obra de Ferdinand Tönnies.

### III. LOS CONCEPTOS DE «SOCIEDAD» Y «ASOCIACION» EN TÖNNIES

Los conceptos de *comunidad* (Gemeinschaft) y *asociación* o *sociedad* (Gesellschaft) en Tönnies, no fueron sólo herramientas conceptuales para un análisis sociológico neutral, sino que tenían un fuerte componente valorativo: formaban parte de un paradigma político alternativo al que resulta propio de la lógica de evolución histórica de la sociedad industrial capitalista. No eran una simple referencia nostálgica al pasado, ni una mera referencia descriptiva y aséptica a lo que «había sido» y lo que «estaba por venir». Eran algo más que eso. El libro de Tönnies se titulaba precisamente: *El comunismo y el socialismo como formas de vida social*, siendo conocidas sus simpatías por el socialismo. Tönnies llegó incluso a afiliarse al SPD en 1932, en unos momentos en que se apuntaban graves dificultades para este partido, lo que dio lugar a que fuera expulsado de la Universidad por los nazis en 1933.

En términos generales, puede decirse que el concepto de *comunidad* connota la idea de una forma de estructuración social superior, mejor trabada, más satisfactoria

---

(5) Véase AMITAI ETZIONI: *The moral dimension. Toward a New Economics*, Free Press, Nueva York, 1988; *The Spirit of Community. Rights, Responsibilities and the Communitarian Agenda*, Crown, Nueva York, 1993. Un artículo reciente de divulgación en castellano de estos enfoques puede verse en M. ARTAL, E. MARAGUAT y J. PÉREZ ADÁN: «Individualismo y análisis comunitarista. Una presentación del comunitarismo a través de la obra de Amitai Etzioni y Alasdain MacIntyre», *Sistema*, núm. 124, enero 1995.

personal y grupalmente. El enfoque y las percepciones de Tönnies sobre este tema no constituyen un desarrollo aislado, sino que forman parte de un conjunto diverso de aproximaciones que comparten unas mismas inquietudes sobre las formas de estructuración e integración social. Otras connotaciones similares en la Sociología pueden encontrarse, generalmente a partir de dualidades conceptuales, por ejemplo, en:

— Las categorías de *solidaridad mecánica* y *solidaridad orgánica* en Durkheim, aunque con unos enfoques distintos.

— La idea de *alienación* en Marx, como pérdida en la sociedad capitalista de una esencia social humana propia de la sociedad originaria (como raíz).

— La distinción de Max Weber entre «lazos comunales» y «lazos asociativos» en su desarrollo de los «tipos de relaciones sociales de solidaridad».

— El estudio de Simmel de los elementos primarios de la relación humana en los ámbitos microsociales (amistad, confianza, lealtad, gratitud, afecto, etc.).

— Los conceptos de *grupo primario* y *grupo secundario* (Cooley, etc.).

Es importante tener en cuenta que para Tönnies las categorías de *comunidad* y de *asociación* no se correspondían estricta y solamente con dos períodos históricos, reflejando una mera dialéctica pasado/presente, sino que conformaban dos dimensiones identificables también en las sociedades de su tiempo.

En esta apreciación Tönnies coincidía con una importante corriente del pensamiento sociológico, que orientaba su esfuerzo a sentar las bases de lo que podía entenderse como la «buena sociedad». De hecho, la mayor parte de los «padres fundadores» de la Sociología y de las primeras generaciones de sociólogos van a ligar esta imagen de la «buena sociedad» a la idea de comunidad. Algunos analistas han llegado a considerar, incluso, que tanto en Comte como en Durkheim «el referente de lo "social" fue casi invariablemente lo *comunal*. *Communitas* no *societas* (con sus connotaciones más impersonales) es la verdadera fuente etimológica de lo social» (6).

Esta conceptualización comunal de la naturaleza de lo social confirió un carácter más sustantivo a los primeros enfoques sociológicos sobre esta cuestión, que lo apartaban completamente de las percepciones propias del pensamiento conservador, que contemplaban lo «comunitario» en términos de añoranza hacia un pasado que el nuevo orden industrial estaba triturando.

Por tanto, en el desarrollo de la Sociología —y del pensamiento político moderno— hay que diferenciar claramente las dos aproximaciones distintas que se producen en torno al concepto de *comunidad*. Por una parte, están las reacciones del pensamiento conservador ante el envite de los cambios sociales, que intentaron encontrar en la idea de la comunidad tradicional y patriarcal el mejor y más seguro baluarte defensivo contra los nuevos vientos que traía la historia a través de los dos grandes procesos revolucionarios (la Revolución francesa y la revolución indus-

---

(6) ROBERT NISBET: *La formación del pensamiento sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969, véanse págs. 82 y 116. Nisbet considera el concepto de comunidad como «el más fundamental y de más largo alcance» de la Sociología (pág. 71).

trial). Por otra parte, estaba el nuevo pensamiento sociológico que veía en la idea de comunidad la imagen de la buena sociedad, más estable e integrada, así como buena parte del pensamiento socialista que aspiraba a construir sobre un nuevo tipo de relaciones de comunidad el esquema utópico de la sociedad de futuro. Es decir, no de la comunidad perdida, sino de la comunidad que había que ganar.

Tönnies se sitúa, precisamente, en esta segunda dirección, utilizando los conceptos de comunidad y asociación en una perspectiva analítica e histórica más compleja que la que algunos divulgadores simplistas de su obra han intentado reflejar. Por tanto, para comprender adecuadamente como entiende Tönnies estos dos conceptos, o «tipos ideales», no basta con atenerse solamente al famoso cuadro-esquema publicado al final de su obra y que reproducen la mayor parte de los manuales (7), sino que es necesario seguir con mayor atención sus palabras y precisiones a lo largo de toda su obra. Una lectura más atenta nos permite obtener una dualidad de referencias, planteada en los siguientes términos:

— El concepto de *comunidad* connota vínculos personales naturales y afectivos, motivaciones morales, altruistas y cooperativas, «vida orgánica y *real*», convivencia perdurable e íntima (se *vive* en comunidad, mientras que se *accede* o se *está* en «*asociación*»). La *comunidad* es un organismo vivo, cohesionado por el afecto, la simpatía y la voluntad de *com-partir*, donde opera el *consenso* entre copartícipes próximos físicamente, con disposición para la armonía y el espíritu de concordia. En la comunidad existen lazos sociales visibles e identificables primariamente, prevalece el espíritu de cooperación, la ayuda, la acción social altruista y las convicciones (frente a la prevalencia de las *convenciones* en la «*asociación*»). Es propio también de la *comunidad* la satisfacción en el uso y disfrute de los bienes comunes. La comunidad es la esfera del Derecho natural, de los derechos humanos y sociales. La *iniciativa* es considerada como una inclinación positiva, primando la generosidad, la confianza y la estimación de las cosas por su valor intrínseco.

— Por el contrario, el concepto de *asociación* está ligado a las relaciones impersonales, instrumentales y «tácticas», propias de la «sociedad de masas», a motivaciones racionales e interesadas, a una «estructura imaginaria y mecánica» de lo social, y a la mera coincidencia pública transitoria y superficial. La «*asociación*» es un «artefacto», un «añadido mecánico», cohesionado por meros lazos jurídicos o de necesidad interesada, es una amalgama artificial regida por lazos de competitividad y egoísmo. Las interacciones sociales no son vistas como fines en sí, sino como medios para obtener otros fines; incluso las relaciones más personales, como el matrimonio y la amistad, se ven afectadas por ese afán instrumentalizador de todo. En la asociación los lazos son «invisibles», abstractos, los hombres están juntos aislada-

---

(7) FERDINANDO TÖNNIES: *Comunidad y Sociedad*, Península, Barcelona, 1979, págs. 277-278. La primera edición alemana del libro data de 1887 y la última de 1935, aún en vida de Tönnies (1855-1936). Esta última edición es la que se considera como definitiva y en ella se incluyeron una serie de revisiones y *addendas*, dictadas tanto por las nuevas lecturas de Tönnies (el Marx maduro, los fabianos, etc.), como por la propia evolución de las circunstancias sociales y políticas.

mente; prima la competencia, el egoísmo, la acción calculada e interesada y las convenciones. Es propio de la «*asociación*» el afán de lucro, las desigualdades extremas y la «ostentación» de las riquezas y los bienes, como símbolo de diferenciación, y no de acuerdo al valor intrínseco de las cosas. La «*asociación*» es la esfera del Derecho mercantil, en donde el *dominio* es el referente; es el reino del intercambio, en donde el valor de las cosas está en función del precio (como el «necio» de Machado que «confundía valor con precio»). La mercancía es vista como un valor en sí mismo, en un contexto regido por el dinero, el precio y el contrato, en donde se produce el dominio de «los seres humanos sobre los seres humanos» (8). En la «*asociación*» prima el excepticismo y la paz es entendida como resultado de las convenciones y el «miedo recíproco» (9). Como decía Adam Smith —recuerda Tönnies—: «En esta perspectiva todo hombre... se convierte en cierta medida en un comerciante...» (10), adquiriendo un lugar prevalente los banqueros que son «los intermediarios de la mediación» (11).

En definitiva, el tránsito de la *comunidad* a la *asociación* supone la modificación de los vínculos sociales primarios y las formas de relación directa y su progresiva sustitución por formas abstractas e instrumentales de relación, marcadas directamente por la lógica del mercado.

#### IV. FETICHISMO DE MERCADO Y DESIGUALDAD SOCIAL

El principio regulador central de la *asociación* es el mercado. La *asociación*, podríamos decir, es el reino del Mercado, al que se rinde una total idolatría, como si del nuevo «becerro de oro» de nuestra época se tratara.

La lógica del mercado tiende a imponer modos de relación, y formas de organización social y política, cada vez menos naturales, primarias, inmediatas y aprensibles, ya que el mercado no enmarca una relación natural, sino procesos de intercambio impersonales.

Aplicando esta lógica a nuestros días, podemos ver que la Unión Europea, por ejemplo, no es una unidad natural en el sentido sociológico de la expresión, ya que carece de una misma lengua, cultura, etc., pero es un *mercado*, y esto es lo que determina la lógica de la nueva realidad política, en la concepción predominante de los tecnócratas-economicistas. Aunque lógicamente también existe otra concepción diferente de Europa, basada en unos valores políticos y de ciudadanía común.

En la obra de Tönnies hay una crítica acerba a la lógica social que conduce a reducir la sociedad a la condición de un mero mercado. Esta crítica, precisamente, es la que debe ser profundizada en nuestros días, en los que se está dando una exalta-

---

(8) *Ibidem*, pág. 217.

(9) *Ibidem*, pág. 269.

(10) *Ibidem*, pág. 80.

(11) *Ibidem*, pág. 87.



ción fetichista absurda, en la teoría y en la práctica, de los principios de la compra-venta del trabajo humano, de una competitividad económica internacional con efectos empobrecedores para unos y de retrocesos en las conquistas sociales para otros, y una usura descontrolada, en forma de «tormentas monetarias» de efectos muy negativos. En definitiva, todas estas circunstancias están conduciendo a una situación en la que se puede verificar más claramente a dónde conduce determinada lógica económica-social; lo que hace que adquieran nueva virtualidad determinados enfoques del pensamiento social.

En nuestros días estamos asistiendo a un peligroso aumento de las desigualdades nacionales (12) e internacionales y a un aumento del paro estructural, que ha dado lugar a que los países europeos hayan pasado de tener en 1979 nueve millones de desempleados a tener veintiuno en 1995, aunque los expertos calculan que la cifra real de parados supera la cifra de los treinta millones, alcanzando los cincuenta en los países de la OCDE.

El *Informe sobre el desarrollo mundial* de 1995 del Banco Mundial, han lanzado la voz de alarma sobre el aumento de los pobres y los desempleados en el mundo, llegando a calificar la tendencia al «aumento de la desigualdad internacional de los trabajadores» como «la persistente tendencia que ha caracterizado el siglo XX». «La divergencia en el ingreso *per cápita* —se dice en este informe— es la característica dominante de la economía moderna. Según una estimación, la relación entre el ingreso *per cápita* de los países más ricos y el de los más pobres aumentó de 11 en 1876 a 38 en 1982 y 52 en 1986» (...) «la relación entre el ingreso *per cápita* de los países más ricos y el de los más pobres se quintuplicó entre 1870 y 1985, y la desigualdad mundial aumentó ligeramente entre 1960 y 1986 (la participación del 50 por 100 más pobre de la población mundial en la producción disminuyó del 7,3 por 100 al 6,3 por 100, mientras que la del 20 por 100 más rico aumentó del 71,3 por 100 al 74,1 por 100» (13).

A su vez, los efectos aberrantes de la lógica fetichista del intercambio (mercado) nos ha llevado al resultado absurdo de unos meros intercambios de dinero en los mercados internacionales, que producen unas «tormentas monetarias» cada vez más peligrosas, incontroladas y desestabilizadoras. Por ejemplo, según se refiere en el Informe de la OIT de 1995 sobre *El empleo en el mundo*, se ha pasado de una situación, en 1971, en el que el 90 por 100 de todas las transacciones internacionales en divisas correspondían a la «financiación del comercio y a inversiones a largo plazo», a la realidad actual en la que más del 90 por 100 corresponde a meras operaciones especulativas. Es decir, se compra y vende en enormes cantidades papel-dinero, hasta el extremo de que en la actualidad —según se subraya en dicho informe— los

---

(12) Un informe publicado por *The Economist*, en noviembre de 1994, revelaba, por ejemplo, que las desigualdades interpersonales de renta estaban aumentando en Estados Unidos e Inglaterra, habiendo llegado a ser mayores que hace tres o cuatro décadas.

(13) Banco Mundial: *Informe sobre el desarrollo mundial 1995. El mundo del trabajo en una economía integrada*, Washington, 1995, págs. 62 y 144.

flujos especulativos diarios superan las reservas de divisas de todos los Estados del G-7 (14). Es decir, se está formando una gran bola de nieve de efectos imprevisibles.

Por tanto, en el contexto de estas nuevas realidades, continuar postulando el «libre mercado mundial», sin crear previamente un nuevo marco de relaciones sociales e internacionales, supone abandonarse a un «nuevo fetichismo», en la defensa de un principio irreal, de una pantalla desvirtuada, que no responde a las exigencias concretas de la realidad y que produce efectos muy negativos para el orden social.

## V. LA CRITICA SOCIAL DE TÖNNIES

En esta perspectiva, resulta evidente que los conceptos sociológicos de *comunidad* y *asociación* en Tönnies, así como los conceptos y enfoques de otros autores a ellos asociados en la Sociología, pueden ser una útil herramienta crítica frente a una dinámica social perversa. De hecho, esta intención crítica ya aparecía expresamente definida en la obra de Tönnies, especialmente en sus *addendas* y en la última parte de su libro.

Veamos algunos ejemplos: «La familia —dice Tönnies— se vuelve forma accidental para la satisfacción de las necesidades naturales, el vecindario y la amistad quedan suplantadas por grupos de interés particulares y la vida social convencional. La vida de la gente común encuentra su culminación en la casa, el pueblo y la pequeña ciudad (en cambio) las clases ilustradas son urbanas, nacionales e internacionales..., el comerciante es el típico miembro de la clase ilustrada sin hogar, viajero..., exento de amor y devoción por lo propio de un país..., siempre con dobles intenciones, mañoso, adaptable...» (15). «El pueblo llano deja de ser pueblo en la medida en que con su trabajo queda sujeto al comercio o al capitalismo. Se adapta así a fuerzas y condiciones extrañas..., se vuelve proletariado; en contra de la voluntad de las clases ilustradas, cuando se identifica a éstas con la sociedad capitalista y aprende aquél a pensar y a ser consciente de las condiciones bajo las que está sujeto al mercado de trabajo. De este conocimiento surge la resolución y el conato de romper esa sujeción. Los trabajadores se unen en sindicatos y partidos para la actividad social y política» (16). En este contexto de una «sociedad» competitiva y hostil, la propia hostilidad se acaba haciendo natural. «El único peligro que se alza ante la comunidad —subraya Tönnies—, es la destrucción de las relaciones naturales, puesto que todo lo que es hostil crea hostilidad; cuanto mayor sea la superioridad en fuerza y poder de una parte para perjudicar a otra, más fuertes serán los impulsos de los oprimidos por desarrollar su inteligencia en la voluntad racional y las argucias agresivas. Un oponente invita siempre al otro a forjar las mismas armas o a inventar otras mejores» (17).

(14) OIT: *El empleo en el mundo*, Ginebra, 1955, pág. 221.

(15) F. TÖNNIES: *Comunidad y asociación*, op. cit., pág. 198.

(16) *Ibidem*, pág. 199.

(17) *Ibidem*, pág. 200.

Es decir, Tönnies entiende que la evolución desde formas de *comunidad* hacia formas de *asociación* no sólo acaba con las relaciones sociales naturales, sino que engendra una nueva lógica de hostilidades en la interacción social, en la que las relaciones sociales en sí se convierten en posibles fuentes de hostilidad, y ésta se acaba viendo como algo natural.

## VI. LA SOCIEDAD CONTRACTUALIZADA

La evolución histórica hacia las formas de *asociación* debe entenderse, por tanto, no como una condición de la dinámica de progreso técnico, científico y económico, sino como un proceso global que implica elementos de ambivalencia e importantes gémenes de decadencia autodestructiva. «Los hombres —dice Tönnies— varían de temperamento merced al lugar y las condiciones de la vida diaria, que se vuelve apresurada y variable a consecuencia de la lucha incesante... El contrato como tal se vuelve base de todo el sistema y la voluntad instrumental de la asociación, formada por sus intereses, se combina con la voluntad autoritaria del Estado para crear, mantener y cambiar el sistema jurídico» (18). En definitiva, nos encontramos ante una *sociedad contractualizada*, que no descansa en una red sólida de auténticas relaciones sociales primarias y en la que la vida se ve reducida a «una constante alternativa entre trabajo y ocio, actividades ambas —dirá Tönnies— distorsionadas por la rutina de la fábrica y las exiguas satisfacciones de los cafetines. La vida de la ciudad y la asociación llevan al pueblo llano —concluirá— a la decadencia y la muerte» (19).

Las páginas finales de la obra de Tönnies marcan un amargo colofón de sus reflexiones. «El ser humano —dirá— es capaz de destruirse a sí mismo con su inteligencia» (20). La dinámica social puede conducir al agotamiento de sus propias fuerzas, abriendo el camino de la destrucción. Las últimas líneas, recordando la imagen de Prometeo encadenado, viendo cómo se aproximan las hijas de Océano, traslucen un fuerte componente de pesimismo, que, sin embargo, no debe hacernos olvidar las alternativas esbozadas por el propio Tönnies.

Tönnies estaba convencido de que las alternativas no estaban ni en un socialismo de Estado, ni en unas estrategias de acción que interiorizaran e hicieran suyos los presupuestos del modelo de *asociación*; es decir, la maña, el engaño, la hostilidad, la instrumentalización, etc.; sino que había que romper totalmente con esta lógica social, intentando no un «retorno» nostálgico e imposible al pasado, sino un «movimiento antípoda» que fuera capaz de restablecer la lógica de unas relaciones sociales naturales, humanas, satisfactorias.

Los dos objetivos fundamentales del «movimiento antípoda» eran para Tönnies una economía cooperativa y una nueva cultura comunitaria.

(18) *Ibidem*, pág. 270.

(19) *Ibidem*, pág. 274.

(20) *Ibidem*, pág. 279.

Tönnies creía que la «necesidad moral de una resurrección» sólo podría producirse en forma de una «economía de tipo comunitario», que en una *addenda* de 1912 contemplaba con ciertas expectativas optimistas a partir del desarrollo del movimiento cooperativista. En otra *addenda* de 1922, subraya cómo «la terrible desgarradura» del «sistema capitalista» da lugar —decía— a que «el grito en pro de la comunidad se ha vuelto cada vez más agudo, y muy a menudo con referencia explícita (o tácita, como es el caso de los sindicatos socialistas ingleses) a este libro» (21).

A su vez, en segundo lugar, la esperanza y la exigencia de futuro era que «vuelva a germinar la esencia y la idea de la comunidad, alimentando así, secretamente —se dirá— una nueva cultura en medio de la que está en decadencia» (22).

Después de la muerte de Tönnies, la dinámica de los acontecimientos históricos ha explicitado y avalado más claramente algunas de las exigencias y análisis que él planteó. El fracaso del comunismo, la evolución de la socialdemocracia, el aumento de las desigualdades (nacionales e internacionales), el «desbocamiento» de ciertos fetichismos «economicistas», y un buen número de patologías sociales de nuestra época muestran, sin duda, el curso de una evolución social preocupante.

## VII. LA RECUPERACION DE LOS LAZOS SOCIALES

Las nuevas manifestaciones de crítica económica y sociológica, la emergencia de un nuevo tejido asociativo de cariz sociopolítico, a través, sobre todo, de los «nuevos movimientos sociales», los debates de actualización teórica en los partidos de la «izquierda», y las nuevas sensibilidades emergentes en la juventud, revelan que actualmente existen esas semillas para el cambio de las que hablaba Tönnies, en una perspectiva de análisis en la que coinciden un buen número de sociólogos, economistas, filósofos, psicólogos, etc., en un movimiento aún confuso y fragmentado, pero potencialmente poderoso.

La nueva dinámica social que ha abierto la transición hacia la sociedad tecnológica avanzada, a la que nos referíamos al principio, puede suponer el cierre de un círculo de aislamiento individual, que está dando lugar a una nueva sensibilización en la *búsqueda de los lazos sociales perdidos*.

Un ser humano sin lazos sociales gratificantes es un ser alienado y mutilado. El carácter esencial que tiene lo social para el hombre da lugar a que las frustraciones en el despliegue práctico de esta dimensión básica de su personalidad alimenten buena parte de las inquietudes y el malestar de nuestra época. De hecho, fenómenos recientes como la exaltación de los nacionalismos, de los fundamentalismos, de las subculturas urbanas primarias de identificación a través de las llamadas tribus urbanas, y hasta la atracción que algunas sectas ejercen entre una parte de la juventud,

---

(21) *Ibidem*, pág. 234.

(22) *Ibidem*, pág. 274.

son reacciones que en el fondo reflejan el vigor creciente de los sentimientos de búsqueda de lazos de comunidad y de identificación primaria.

Frente a los riesgos y problemas de una evolución social como a la que nos estamos refiriendo, no cabe ni el refugio en el aislamiento, ni una mera reflexión pesimista y melancólica, que no tenga en cuenta las coordenadas precisas y las características específicas de las complejas sociedades de nuestro tiempo. Pero tampoco cabe una refutación planteada exclusivamente desde el terreno de la Filosofía y la Moral. Es necesario un planteamiento global, capaz de integrar, al menos, las siguientes cuatro perspectivas orientadas a desarrollar una opción de futuro viable:

— Un modelo global de funcionalidad económica realista, basado en las posibilidades de las nuevas tecnologías, las nuevas formas de organización del trabajo y un nuevo orden económico internacional (23).

— Una crítica social precisa y rigurosa que permita situar las carencias y contradicciones de las sociedades actuales, conceptualizar los problemas e identificar las fuerzas potenciales de cambio social y los sujetos sociales dispuestos a implicarse en las nuevas transformaciones sociales necesarias.

— Un nuevo sistema de valores basado en el interés común.

— Un desarrollo postliberal de la democracia.

Evidentemente aquí no es posible desarrollar todos estos aspectos y sus necesarias traducciones sociales y políticas. Sin embargo, es necesario subrayar que todas estas perspectivas deben ser vistas interrelacionadamente.

La economía actual está desbocada porque la lógica económica está operando sin referentes valorativos, sobre todo después de la crisis del keynesianismo, con los consiguientes retrocesos en el Estado de bienestar. Y este desbocamiento puede conducir a situaciones peligrosas. Es urgente, por ello, recuperar un sistema de fundamentación económica global basado en criterios de *utilidad social* y no en el mero lucro individual o de las corporaciones.

Los modelos económicos, como sistemas de producción, deben ser entendidos como paradigmas sociopolíticos globales, de forma que el debate sobre su funcionamiento se debe centrar en la globalidad de estos paradigmas, en el marco de experiencias vitales que definen, formulando sus valoraciones, por tanto, en función de sus resultados sociales globales y no solamente de sus resultados económicos contables.

De ahí el papel que puede —y debe— desempeñar la Sociología en la crítica social del actual funcionamiento de la Economía, y la necesidad de un nuevo sistema social de valores basado en el *interés común*, capaz de superar las expresiones más

---

(23) Las propuestas de algunos teóricos sociales de retomar a formas de organización económica preindustrial no constituyen sino un espejismo y un escapismo ingenuo que sólo podría ser válido para grupos muy reducidos de ciudadanos de las sociedades más desarrolladas, como una especie de nueva recreación social del mito del «arca de Noé», o de la isla de «Utopía» de Tomás Moro. Las dificultades y fracasos de los Kibbutz de Israel son un ejemplo reciente de las dificultades de funcionamiento de las «islas heterodoxas», en el marco de economías globales organizadas de acuerdo a parámetros diferentes.

perturbadoras del individualismo competitivo e insolidario. La moral vinculada al funcionamiento del actual modelo de economía competitivista y asocial, inspirada por el neoliberalismo, no supone sino la consagración del principio de validación de los «medios» por los «resultados», de la hostilidad social, de las artimañas, de la competitividad a ultranza y de la erradicación o postergación de cualquier compromiso social solidario, potenciando la confusión en las reglas de juego en la actividad económica. En este contexto, por tanto, no es extraño que las corrupciones se hayan convertido en una de las monedas de cambio más habituales en los sistemas políticos de nuestro tiempo.

La corrupción, los conflictos, la violencia, etc., son el resultado de una axiología equivocada en términos sociales, que trastoca la lógica de la realidad y plantea unas exigencias y metas sociales (de éxito, riqueza, poder, autoafirmación, etc.) que no son alcanzables por todos en términos de igualdad y equiparación, porque los niveles posibles de logro de estas metas están limitados, ya que se trata de «realidades» escasas. La lógica social derivada de esta situación supone relaciones de supraordenación, dependencia y asimetría social y, en consecuencia, de malestar, frustración y costes psicológicos y sociales para la inmensa mayoría de las personas.

En definitiva, podemos decir que las sociedades actuales plantean metas sociales de éxito y poder imposibles e inalcanzables para la mayoría de sus miembros y, a su vez, no definen con claridad la naturaleza y licitud de los medios para alcanzar dichas metas, en un cierto clima general de exaltación de la violencia, de la competitividad y del criterio de «todo vale».

El efecto que se está generando por esta vía en el terreno personal puede ser considerado similar al de los procesos de «anomia». Sus consecuencias en términos sociales son una sociedad poco armónica, con un balance social de relaciones poco satisfactorias y poco integradoras.

Es necesario, por tanto, reconstituir la *medida* de una sociedad gratificadora como meta sociopolítica, empleando para ello también los conocimientos y posibilidades de la Sociología (en la redefinición de la extensión, ámbito y formas de la interacción social, en las posibilidades de los grupos primarios, en la pedagogía de la participación, etc.).

### VIII. LA TRANSICION DE LA «SOCIEDAD» A LA «COMUNIDAD»

En la perspectiva de los análisis que aquí hemos realizado, y considerando la dinámica social y política a la luz del fracaso de algunas experiencias históricas, el socialismo debe ser entendido en nuestros días como un paradigma global cuyo objetivo no debe quedar limitado a sustanciar un problema de titularidad jurídica de propiedades o de control del Estado. La cuestión de fondo, lo verdaderamente importante, no es la propiedad formal, sino la participación democrática de todos y la integración social general. Por ello el objetivo global del socialismo no puede limitarse solamente a un intento de alcanzar la equidad social y el restablecimiento de

los equilibrios sociales y medioambientales, sino que también debe ser un esfuerzo orientado a recuperar al hombre en sus raíces sociales, por medio de una experiencia social gratificadora. Experiencia que ha de implicar fundamentalmente mayores y mejores oportunidades de comunicación y de participación en los ámbitos políticos, culturales, municipales y del trabajo.

La extensión de las oportunidades de una participación real en los ámbitos del trabajo y de la vida microsocial, junto a la apertura de nuevas perspectivas de codecisión a través de un fuerte tejido asociativo y de las nuevas vías de información e implicación que están abriendo las nuevas tecnologías, debe conducir a nuevas posibilidades políticas en un sentido coincidente también con muchas otras propuestas recientes, y de diverso signo, como, por ejemplo, las de Philippe C. Schmitter sobre «democracia postliberal» (24), o de Robert Dahl sobre la «tercera transformación» (25) de la democracia.

En este contexto general el socialismo podría considerarse como un horizonte utópico que se sitúa en una perspectiva tendente a alcanzar formas de organización política y experiencias sociales conformadas básicamente por los criterios con los que se define sociológicamente el concepto de *comunidad*, desandando el camino de una evolución hacia una «sociedad civil» alienadora y hacia un progresivo «aislamiento individual». En este sentido, el socialismo en último término podría ser entendido como la transición desde la *sociedad* hacia la *comunidad* del futuro.

---

(24) PHILIPPE SCHMITTER: «¿More liberal, preliberal o postliberal?, en *Democracy's Future, Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 1, enero 1995, págs. 15-22.

(25) ROBERT A. DAHL: *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, 1992.